



«Históricamente, fue la fragmentación europea y no su unidad lo que convirtió al continente en la región más dinámica del planeta»

Bondades y maldades de la fragmentación europea

Arrastramos varias décadas construyendo la unidad europea. En unos momentos en los que la implosión de la moneda única puede acarrear no solamente la escisión de Europa en al menos dos zonas económico-financieras, sino el final, incluso, del proyecto europeo a escala continental, conviene revisar el papel que la fragmentación europea ha cumplido en la historia económica del continente.

A comienzos del segundo milenio de nuestra era, China e India eran las mayores potencias económicas, tecnológicas y culturales del mundo. Europa era una sombra de lo que fuera un milenio antes -y de lo que llegaría a ser varios siglos después-. Hubo que esperar hasta la máquina de vapor para presenciar el auge económico, geopolítico y militar europeo. Europa llegó a ser la mayor economía del mundo -y la más rica- entre 1840 y 1943, un período relativamente fugaz en el contexto de la historia global. Desde entonces, seguimos intentando hacernos un hueco en la economía global que nos permita sostener nuestro elevado nivel de vida al mismo tiempo que ayudamos a los países periféricos del sur y del este a mejorar los suyos.

¿Por qué fue Europa y no China o India quien lideró la revolución industrial? La respuesta a esta cuestión quizá nos ayude a comprender mejor qué podríamos hacer en el siglo XXI para recobrar nuestra posición pionera en el mundo. Preguntemos a los historiadores, sociólogos y economistas, entre los que se viene produciendo un debate intenso sobre esta cuestión. Para David Landes, Europa se convirtió en la punta de lanza de la economía global gracias a su dinamismo demográfico, la tecnología, la casualidad y, por supuesto, su gran arma secreta: las enfermedades. Immanuel Wallerstein enfoca su respuesta en la fortuna de descubrir las Américas e incorporarlas a su área de influencia

económica. Para Jack Goldstone, Europa triunfó porque supo crear un caldo de cultivo propicio a la libre interacción entre emprendedores, comerciantes, científicos, ingenieros y artesanos. Para Kenneth Pomeranz, todo tuvo que ver con una mezcla de factores como la capacidad inventiva, los mercados, la coerción y, nuevamente, el descubrimiento de América. Daron Acemoglu y Simon Johnson apuntan que fue la estabilidad política e institucional la que creó las condiciones óptimas para el desarrollo de la economía política.

Hay dos historiadores -Niall Ferguson y Jared Diamond- que, además de tener en cuenta los factores mencionados anteriormente, subrayan que Europa progresó gracias a su fragmentación política. La falta de unidad puso en marcha un proceso de competencia económica, tecnológica, política y militar entre los distintos Estados europeos que se convirtió en el motor del avance europeo. En otras palabras, fue la fragmentación europea y no su unidad lo que convirtió al continente en la región más dinámica del planeta. La competencia, eso sí, no solamente tuvo efectos positivos, sino también muchos otros negativos, sobre todo en términos de la rivalidad territorial y colonial, manifestándose en las muchas guerras que dinamizaron la economía europea a un coste humano y social elevadísimo.

A muchos les parecerá -como a mí mismo- que no se puede en ningún caso regresar a un pasado de confrontación en Europa y, aún menos, para intentar desperezar a nuestra maltrecha economía. Pero me llama la atención que todas las soluciones que se barajan pasan por más unidad y más coordinación a nivel europeo. Quizá deberíamos pensar en añadir una cierta dosis de competencia dentro de la Unión Europea para estimular de nuevo el crecimiento económico y la innovación tecnológica ::

MAURO F. GUILLÉN es director del Lauder Institute y catedrático de Dirección Internacional de la Empresa en la Wharton School, así como miembro del Consejo Académico de Afi Escuela de Finanzas Aplicadas.
E-mail: guillen@wharton.upenn.edu